

Cicerón no produjo su elocuencia,
Que nunca el arte esa altitud tendrá.
Si de Guido al pincel brilla la aurora,
Si de Fidias al tacto el mármol llora,
¿Quién, sino Dios, ese portento hará?

Del imberbe Alejandro ¿pudo el brazo
Darse Asia grandiosa la conquista hacer?
De Octavio débil ¿cómo surge Augusto,
Que vence á todos, se proclama el justo,
Desarma á Roma y la hace florecer?

Chispa de Morse es chispa de los cielos;
Arpa de Dante, ¿quién te pulsará?
El alfabeto es invención suprema;
Sin principio ni fin, divino emblema,
El número á los hombres Dios lo da.

¡Oh, sí! el factor terrestre de lo grande
Refleja nada más la excelsa luz.
Fuerza celeste el numen que nos mueve,
La carne humilde en ángel torna en breve,
¡Y aun la hace Dios, suspensa de la cruz!

De un pueblo conductor, no como Atila
Sediento de botín y destrucción,
Tú, Moisés, sin corona y sin espada,
De libertad á la emoción sagrada,
Quebrantaste el poder de Faraón.

Puñal de Bruto no emancipa un pueblo,
Porque el tirano de los pueblos es

La triste noche que en su vida interna
Forma la ausencia de la aurora eterna,
No el que cautiva sus mundanos pies.

Valor común no expresa el heroísmo:
Lo tiene el tigre, Boves lo mostró.
— Valor moral, abnegación, ejemplo,
Lo que hace al hombre de sí mismo templo,
Tal fué la savia que á Moisés creó.

¡Vedlo! ¡Vedlo! — Los mismos que redime
Contra él murmuran, débiles de fe.
No hay flaqueza mayor que la ignorancia;
La dicha el hombre ardientemente ansia,
Pero no siempre el derrotero ve.

El despotismo es además ponzoña
Que al hombre quita su virtud mejor,
Que es la conciencia de su real destino,
De ser en este mundo un peregrino
Cuya fuerza motriz es el dolor.

Al ungido de Dios es á quien toca
Aliento dar al vacilante pie,
Y afirmar las inciertas convicciones
Del porvenir midiendo las regiones
Con el compás que marca lo que fué.

Pasión del bien es fuerza irresistible
Como atracción de misterioso imán;
Dogal y llamas la verdad desprecia,
Y de lo bello el sentimiento en Grecia
Las mismas ruinas proclamando están.

Mártir San Pablo, sus palabras quedan,
Enseñando la fe por el amor :
Quiso ahogarlas en humo Torquemada,
Mas no vence á la luz la llamarada
Y antes bien la corona con su horror.

Corinto cae, y el Apóstol se alza
En pirámide eterna de verdad,
De la duda en la vasta región yerta,
Y aun en silencio da al viajero alerta,
Cual de un faro la muda claridad.

.....

De la patria anhelada sólo viste
¡ Oh Moisés ! el contorno, el denso tul,
Semejante al sinuoso lineamiento
Que el nauta, de reposo ya sediento,
A ver alcanza en el confín azul.

.....

En la cumbre del Nebo halló ese signo
Del término feliz de su misión ;
Bajó las gradas del austero monte,
Y mostrando á su pueblo el horizonte,
Le dijo : *¡ Fuiste esclavo ; eres nación !*

¡ Después murió !... Del triunfo las angustias
Su corazón no tuvo que sufrir :
La ingratitud, más dura que el suplicio,
El laurel, más punzante que el cilicio,
No pudieron su sueño interrumpir.

Dios lo premió con la mejor preseña,
Del ideal la casta juventud,
Librándolo del trance indescriptible
En que al sentir la realidad terrible
Vacila algunas veces la virtud.

Su obra moral fué grande, fué completa :
Las tablas de la ley del Sinaí.
— La fuente eterna del derecho humano,
Que en cada hombre nos dará un hermano,
Entre truenos y luz brotó de allí.





PSIQUIS

¡Ven, Ven! ¡Oh arpa mía!
Ayúdame á mover con el agudo
Puñal de los recuerdos, una á una
Del corazón las fibras adormidas
Después de tantas lágrimas vertidas.

Será sangrienta acaso
La producción primera del esfuerzo,
Al arrojar la temeraria sonda
De esa interrogación á lo pasado
Por el opio del tiempo aletargado.

¡Ah! Yo fuí niño imberbe
Con cabello de oro semejante
Al que adorna la sien de los querubes;
Una madre amorosa me cuidaba,
Y en cuidarme su dicha ella cifraba.

Con su canto divino
Dulcemente el reposo me ofrecía....
Mi madre vive aún, y por mí vela;
Mas no su canto mi destino escuda,
Sino plegaría casi siempre muda.

De ese roto fragmento
De lo que fué, la exhumación es bella
Cual la de un torso de perdida estatua,
Pues del amor materno el limpio vaso
Es un foco solar cada pedazo.

No así la de otras fases
Del ardiente turbión de nuestra historia,
En las que desengaños sobrenadan,
Como el horror tras crapulosa orgía,
Por todo lo que más nos sonreía.

¿Cómo rehacer la forma
De la que conmovió nuestro ser todo
Al contacto celeste de sus labios;
De la que acompañó nuestra inocencia
Á entreabrir el botón de la existencia?

¡Cómo rehacer las noches
En que del mar la brisa estremecía
Su cabello, que el lirio embalsamaba
Con perfume que si hoy sentir pudiera,
Yo propio, que soy ruina, me rehiciera!

Á veces me pregunto:
¿Soy yo mismo en verdad aquel amante
Que en la almenada torre se sentaba
Con ella, y á las sombras les pedía
Que no dejaran despuntar el día?

El hombre es un sepulcro
De sus propias heladas emociones,

Y cuando de ellas alza el mármol frío,
De su alma en lo profundo infeliz siente
Algo como incisión de sutil diente.

¡ Oh, sí! de lo pasado,
Aun de lo envuelto en tenebroso limbo,
Flotan como visiones impalpables,
Hablando á nuestro ser lengua confusa,
Que la mortal disolución recusa.

La ilación no fracasa:
Llanto y placer mundanos se entretajan,
Cual la espina y la flor de madre selva;
La fe vacila, el corazón solloza,
Pero algo surge al fin que lo reposa.

Como en puente colgante,
¿ Habrá un columpio y dos extremos fijos
De cada humano ser en la existencia?
¿ Infinitos serán sepulcro y cuna,
Que en el curso del tiempo Dios aduna?

La obra del arquitecto,
Las columnas y cúpulas y ojivas,
La torre alada, los altares de oro
Que coronan los ángeles, expresan
Algo eterno que al fin todos confiesan.

Es artista el que advierte
En toda su existencia ese invisible
Enlace de la forma con su esencia,
Que el campanario es de la fe palabra,
Que el que labra un Moisés lo inmortal labra.

Amantes desvaríos
Son con frecuencia combustión del arte;
Ojos de una mujer, luces del cielo
Que nos conducen por mejor camino
Á obedecer sentencias del destino.

Sensualismo produce,
En vez de las Basílicas, Bazares,
Mesalinas en vez de las Madonas,
En vez de las consortes, favoritas,
Fra Diávulos en vez de cenobitas.

El arte verdadero
Enaltece con su óleo toda forma,
De los recuerdos el dolor perfuma,
De Elena frágil saca épicos cantos,
É idealiza de Eneas los quebrantos.

Por él de los cañones
El agrio bronce en cítaras se torna;
Pirámides levantan los esclavos,
Y en la tumba soberbia de Mausolo
Canta elegías el festivo Eolo.

Venus misma fulgura
Bajo el puro cincel de Praxiteles;
Que con el ideal sus gracias viste;
Y, al contrario, cincel sensual arranca
De la virgen mejor la toca blanca.

Aunque roto el alambre,
En apariencia, de la vida entera,

Una ilación latente sobrevive,
Cuyo lejano punto de partida
Fué tal vez anterior á la actual vida.

¿ Quién no lleva revueltos,
En su interior, de lontananzas de oro
Reflejos inefabls, que repiten
Contornos de quimeras infantiles,
Flores de babilónicos pensiles?

Por la luz del recuerdo,
Tal vez cuando inclinados recorremos
De desierta necrópolis las ruinas,
Nos sentimos vivir á una distancia
Remota mucho más que nuestra infancia.

El arte es religioso,
Aunque profano su ministro sea;
Porque la voluntad no hace al artista,
Sino que ungido viene de antemano
Por prolífico polen sobrehumano.

Tal vez en sucesivas
Encarnaciones se retempla el arpa,
Y el pincel y el cincel se perfeccionan,
Ó, así como la gracia, Dios reparte
Las potencias estéticas del arte.

Amor y genio juntos
Andan con exaltado misticismo ;
Que el sentimiento de lo grande es uno,
Y de la Santa de Ávila se admira
El canto á Dios en abrasada lira.



SÚRSUM

Todo está encadenado
En la creación : al reino de las flores
Dan el zafiro y el rubí sus tintes ;
Y con los jugos que en su seno encierra,
De esmeralda ornáméntase la tierra.

La ley del desarrollo
Es de ascensión también : lo incandescente
Cesa de destruir, y se hace savia
Que se transmite al encumbrado monte,
Donde halla inmensidad por horizonte.

Al fondo de Oceano,
En ostra oscura aljófares florecen,
Que brillan luego en imperial diadema,
Y del coral la congelada planta
Pide calor á olímpica garganta.

El reptil insepulto
Que tuvo por mansión inmundo lodo,
Al águila caudal presta sustento,
Y se incorpora en ella, en sangre nueva,
Y á las regiones de la luz se eleva.

De humilde hoja de acanto
Calímaco ofrendó gentil corona
Á las columnas que admiró Corinto ;
Los siglos pasan, y el cincel venera
En noble capitel la hoja ligera.

La corporal figura
Del hombre, dominada por su mente,
Formas etéreas cobra en ocasiones,
Y entonces, libre de presión profana,
Brilla con aureola sobrehumana.

Numen, genio, presciencia,
Profecía, intuición, arrobamiento,
Deliquios de exaltado misticismo,
Todo eso es impalpable, inaccesible ;
Mas negar sus efectos no es posible.

Milagros y misterios,
Visiones de Ezequiel y de Isaías,
Escala de Jacob, Apocalipsis,
La Biblia entera... realidad es todo :
La causa es una, diferente el modo.

De la flor el perfume
Todo lo invade, aunque jamás se palpe ;
La atracción del imán pasma á la ciencia ;
El opio aduerme ; pero nadie sabe
Dónde está del enigma la fiel clave.

La alegre flor de oro
Que en torno al sol, de que es imagen, gira,

Quizá es indicio de la ley secreta
Que nos lleva por giros invisibles
A espacios que parecen imposibles.

En la vida del alma
Tal vez haya estaciones progresivas,
Ojos cuya videncia se prolonga
Con la meditación, que es su alimento,
Si se empapa en la luz del sentimiento.

Ello es que el bien eterno
No presentimos en edad temprana
Por propia inspiración, sino aceptando
De nuestra amada madre la fe pura,
Que esa aurora esplendente nos augura.

Como encontró incompleto
Colón el mundo físico pesándolo
En la fina balanza de su mente,
Hallamos el moral en deficiencia
Cuando activa la edad nuestra conciencia.

Entonces comprendemos
Que la virtud no siempre al bueno escuda
Contra las asechanzas del malvado ;
Que no siempre el laurel próspero crece
En el huerto de aquel que lo merece.

Vemos el sacrificio
Del que por la verdad se inmola estoico ;
Á Cicerón librándose al sicario ;
A Sócrates bebiendo la cicuta,
Que de noche inmortal la exedra enluta ;

Vemos la virgen mártir,
 Más fuerte que el león que la devora,
 La rota veste recogiendo en calma,
 Pues de ella el solo postrimer anhelo
 Es elevarse inmaculada al cielo.

Y ¿ por qué, simpatías
 Nos infunde la suerte del que sufre,
 Y nos hiela de horror el victimario?
 ¿ Por qué, si la justicia aquí padece
 Siempre su instinto en nuestras almas crece?

Lo grande tiene un habla,
 Un no sé qué espasmódico y profundo,
 Algo que hace entrever cosas remotas,
 Ó recordar algunas que pasaron
 Y que huellas visibles no dejaron.

También cuando miramos
 Desde audaz eminencia los abismos,
 Ó en estrellada noche el firmamento,
 Ó escuchamos el trueno del torrente,
 El mismo íntimo espasmo el alma siente.

Tenues signos son éstos
 Que vienen, al azar, del nuevo Oriente;
 Vagos anuncios del futuro día
 En que, como tras largo parasismo,
 Cada ser dudará de ser el mismo.

TEÓDULO VARGAS, S. J.

Nadie había oído hablar del P. Teódulo Vargas como poeta, hasta el año de 1894, en que *El Correo Nacional* de Bogotá publicó su oda *El Crucifijo del jesuita*; y por cierto que no se necesita más para calificarle de gran poeta. « Aplaudid hoy — dice D. Rafael Pombo en una introducción que puso á esa poesía — no al predicador sino al poeta, nacido para nosotros grande, amanecido en pleno medio día, no diremos como Minerva de la cabeza de Júpiter, sino como los inspirados de súbito en Pentecostés, por la gracia de Dios... ¿ Qué decir en lo literario é intelectual de este canto? Paréceme todo él precisión, limpieza, energía, elegancia, naturalidad de plan y ejecución, desde la primera estrofa, esculpida como su tema (el regalo de un bello Crucifijo, la inseparable arma de ordenanza de los caballeros soldados de Loyola), hasta el último verso, que lo resume :

Imagen de tu Dios crucificado.

Oda clásica, porque puede servir de modelo, por su regularidad y aristocrática pureza. » Y en verdad que no puede ser más poética y sentida la narración de la gloriosa carrera de la cruz que acompaña al hombre desde la cuna, al través de todas las tristezas y miserias de la vida, hasta depositarle en la tumba; y aun allí, cuando todos se van, sólo queda el Crucifijo haciéndole eterna centinela. El P. Vargas, de origen santandereano, ha vuelto á Colombia, después de más de treinta años de residencia en el Ecuador.